



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13074

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 12 DE JUNIO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

SOCIEDAD PROGRESIVA

Banca, Descuentos, Caja de Ahorros

Esta Sociedad anuncia al público que desde el 29 del actual traslada sus oficinas á la calle de Jara, número 40, donde continúa todas sus operaciones.

Expectación

La semana en que entramos es de gran expectación política. Se preparan sucesos de importancia, el primero la apertura de Cortes. Después...

¡Cualquiera se atreva á predecir lo que después sucederá! Desde García Aliz que asegura que no pasará nada, hasta los que afirman que el gobierno caerá en el momento que le dé el viento de las Cortes, hay una de augurios capaz de volver loco al más indiferente.

Que se leerán los presupuestos es cosa indudable. Que se reunirá el parlamento en secciones para elegir alguna que otra comisión, es seguro también. Pero ¿qué suerte correrán los candidatos del gobierno? ¿Triunfarán? ¿Serán derrotados?

Si ocurre lo primero habrá esperanza de que el gobierno continúe, porque el triunfo de sus candidatos proclamará que tiene mayoría. Si ocurre lo segundo sobrevendrá la crisis y con ella el trabajo—que esta vez parece que no será fácil—de constituir un nuevo gabinete que vaya tirando hasta el otoño.

Triunfe ó no en las primeras votaciones, la vida del gobierno no se presenta fácil. Si no triunfa, muere. Si triunfa, hoveran sobre él las interpretaciones.

¡Y hay tantas que hacerle!

Los republicanos no dejarán de traer al debate las dos crisis últimas. Los liberales le echarán en cara haber tenido cerrado el Parlamento. Los amigos de ayer, y hoy enemigos, lo fustigarán desde la sombra, si les conviene así, y frente a frente cuando llegue el momento oportuno.

Que habrá división no lo duda nadie. Se verificará al poner sobre el tapete la jefatura del partido. Unos se irán con Maura; otros con Villaverde; y como según todos los cálculos el primero cuenta con mas fuerzas, él será el ungido y el señor Villaverde tendrá que reducirse o retirarse.

Buena semana la que empieza hoy. Para que nada falte, hasta se anuncia el espectáculo de ver pasar de un campo á otro a algunos diputados ministrables o que fueron ministros.

¿Y qué bienes nos vienen con tanto movimiento?—dirán nuestros lectores.

¡Ah! Si hubiésemos de recoger un bieu de lo que va a pasar no adoptaríamos esta actitud de indiferencia. Nuestro propio interés nos llevaría á desear que sucediese todo como cuadrara mejor al país; pero estamos tan acostumbrados a que a este no se le considere para nada y a que todo pare en cuestiones de amor propio, que juzgamos que las novedades que se anuncian no interesan á nadie excepto a los políticos.

Quizá nos engañamos; quizá el aire que ha entrado de fuera durante la excursión del Rey ha

oreado un poco el ambiente político, poniendo de relieve nuestras malas costumbres. Tal vez al comparar la animación y la alegría que se notan de la parte de afuera con la desesperanza y el tedio que se experimentan aquí dentro; se ha caído en la cuenta de que hay que emprender otro camino y recorrerlo pronto si no queremos que la delantera que nos llevan las demás naciones se vaya agrandando.

Si el periodo que va á empezar ahora fuese de rectificación, lo celebraríamos jubilosos; pero sin esperanzas de que se haga nada para que la peseta recobre su valor, ni se acometan los variados y graves problemas cuyo peso aplastante nos abruma, ¿qué hemos de hacer sino desconfiar?

Se abrirán las Cortes; la expectación quedará defraudada menos en aquello en que juega el amor propio. En lo demás... el pan seguirá por las nubes, la carne por los cielos y la peseta más chica cada vez.

¿Será nuestro sino vivir de esta manera?

TIJERETAZOS

Dicen de Madrid:

«Sepan nuestros compatriotas que los yanquis toman buena nota de nuestras torpezas.»

¿Para qué? ¡Nos van á volver á quitar las Filipinas!

Eso era para avisado, antes.

Ahora que no tenemos nada que perder huejga el aviso.

Las noticias de paz en el Extremo Oriente se acentúan.

Parece que en principio Rusia y Japón se prestan á hablar de ella. Hasta se anuncia que los comisionados celebrarán las conferencias en Washington.

Ya era tiempo.

Porque isomelar en holocausto al amor propio numerosas vidas, sin tener esperanza ninguna de que quede satisfecho aquél,

es, juzgándolo favorablemente, un acto de locura.

El ministro de la Gobernación, que debe ser un optimista de primera, ha manifestado que la labor parlamentaria será de larga duración.

Eso es una broma que el Sr. Besada gasta á los liberales.

Sin embargo, en política nada se puede predecir. Ahí está Villaverde, que cuarenta y ocho horas antes de encargarse del Gobierno estaba á más distancia de la cartera de ministro que la luna del sol, y, no obstante, es presidente del Consejo desde hace cinco meses contra el gusto de todos.

Se ha dicho—se dicen tantas cosas que al comprobarlas no resultan ciertas!—que algunos elementos del partido republicano están para pasar el Rubicón.

Se añade que la causa de esto es un pacto que han hecho con los anarquistas otros republicanos radicales pertenecientes á la Unión republicana.

Será ó no cierto lo de la evolución, pero lo del pacto lo es.

Como también es cierto que ese pacto va á actuar de disolvente.

Ya está actuando.

ANTE EL PATÍBULO

Las últimas palabras de los reos de muerte y su actitud en el patíbulo revelan casi siempre la pasión que los dominó durante su vida.

Díjase que antes de convertirse en polvo desean mostrar qué llama ardió en su corazón ó trastornó su cerebro, donde descubren á veces cualidades ocultas hasta entonces en los abismos del espíritu.

Algunos marchan hacia la muerte con la resignación del que por fin espera gozar de un reposo que nunca ha conocido; otros mostrando un heroísmo del que no dieron pruebas durante su existencia; otros ostentando la vanidad, el cinismo, la jocosidad abundan en sus almas; otros con heridas por el terror antes de que les hiera el verdugo.

No todos los hombres saben morir de un modo viril; pero los que fueron leones no se convierten en lobos ó en conejos en el instante supremo.

Los jugadores nobles pagan noblemente cuando pierden.

Maria Suard no temió ni un momento ante el verdugo. Rezó unos momentos, luego dijo:

«Ya no verá más el sol.»

Y puso la cabeza sobre el tajo.

Carlos I, al oír la sentencia que le condenaba á ser decapitado, exclamó:

«La justicia ha huido de Inglaterra. ¡Muchas almas llorarán mi muerte!»

Luis XVI, que nunca había demostrado gran resolución ni mucha entereza, subió con paso firme al tablado y pronunció las célebres palabras:

«Muero inocente de los crímenes de que se me acusa. Quiera el cielo que mi sangre...»

Un redoble de tambores ahogó su voz, y murió sin temblar.

Maria Autouista, pálida bajo los blancos cabellos murió sin espanto, sin llorar, sin pronunciar una palabra.

Todos los grandes hombres de la Revolución tuvieron ánimo y palabras espantosas en la hora de su muerte. Sólo Coathón tembló.

Carlota Corday apareció buena y resignada.

Cuando el verdugo gritó «atárle las piernas, murmuró:

«Os ruego que no me ultrajéis.»

Se le explicó que aquello era costumbre establecida, y calló.

Camilo Desmolins fué grande en el patíbulo como lo fuere en la vida.

«Nuestras cabezas os verán en el cesto», dijo á Herault Sechiéles.

Danton murió con entereza, y dijo al verdugo:

«Muestra mi cabeza á esos estúpidos; bien lo merecen.»

Madame Roland exclamó:

«¡Libertad! ¡Cuántos crímenes os cometen en tu nombre!»

Baillly debía ser guillotinado en el Campo de Marte.

Pero la multitud no quiso que fuese ajusticiado allí, ó hizo que la guillotina se trasladara á orillas del Sena. Era una mañana fría y lluviosa.

—¡Tiembles!—le gritó un canalla.

—Sí, pero es de frío.—Y murió estóticamente.

Philippe sonreía en el patíbulo. El verdugo quiso quitarle las botas:

«¿Para qué?—preguntó—Mejor me las quitarás después. No perdamos el tiempo.»

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 965

LOS BANDIDOS DE ORGERES 964

Entonces fué cuando el viejo curial recorrió toda su presencia de ánimo.

—¡Gauthier!—exclamó con terror—¡Francisco Giroud, aquí en mi habitación!... Soy perdido!

Y volvió á caer de espaldas en su lecho.

Un ruido de muebles que se oyó cerca de su cama vino á arrancarle á tan agitado sueño envuelto en una pesadilla.

Se incorporó convulsivamente y balbucó con voz apagada:

—¿Quién es?

¿Quién me quiere?—replió con voz más fuerte aun cuando algo temblorosa.

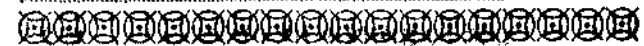
—¡Ah, ah! ¿Por fin habeis despertado, Maese Laforet?—dijo una voz con precaución;—pues bien, no me desagrada que podamos hablar un poco.

El infeliz notario, cuyos sentidos no estaban aun muy despejados, separó con prontitud las cortinas; para tratar de conocer al personaje que llegaba á hablarle á semejante hora.

Una tenue lamparilla oscilaba sobre un velador para hacer más visible la obscuridad de aquella vasta sala.

De repente, entre él y aquel punto luminoso se interpuso un hombre de alta estatura que le dijo con acento irónico:

—¿Cómo! Honradísimo y esorupucosísimo notario, no reconocéis á uno de vuestros clientes?



VII

Sin embargo, al pronunciar el Meg dicha sentencia no parecía tan furioso como hubiera debido esperarse, vista la gravedad de la falta. Longjumeau, que estaba en una horrible tortura abrazado al madero, dijo con voz doliente:

—En fin, Meg, ¿qué haremos?